



*VI Certamen literario para periodistas
'Heraldo de los Reyes Magos'
de cuentos de Navidad*

RELACIÓN DE OBRAS FINALISTAS
[numeradas con título, lema y categoría]

1

Autora: Carmen Juárez de la Casa

TÍTULO:

Paz en tierra de nadie

LEMA:

*La Navidad hace amigos a los más empedernidos
enemigos*

CATEGORÍA:

ESTUDIANTES

El viento corría implacable y se colaba en los recovecos oscuros de las trincheras vacías. Acompañaba el agonizante silbido del aire. Alrededor, silencio.

Unos pasos manchaban de barro el suelo blanco e inmaculado de lo que había sido el frente de Ypres. En mitad de ese terreno belga, John caminaba solo, despacio, observando y recordando emocionado un episodio que le marcó la vida.

Sacó de su bolsillo una carta que llevaba guardando desde hacía más de una década, pero que no le pertenecía. La leyó entre lágrimas: “*Querido Friedrich, ¡Feliz Navidad! Espero que vuelvas pronto a casa, aquí todos notamos tu ausencia. Con cariño, Gretchen*”. Cerró los ojos y volvió a la noche de Navidad de 1914.

Brillaba la luna pálida y se oía el chapoteo de las botas contra el meloso barro. John frotaba sus manos agrietadas, sentado en un rincón oscuro, mientras imaginaba miles de fuegos que ardían en cuartos acogedores de algún pueblo inglés. Pero también se acordó de las casas y edificios destruidos. Por un momento se alegró de estar en las trincheras defendiendo a su patria.

Reinaba el silencio, sus compañeros descansaban acurrucados intentando entrar en calor, pensando en sus familias y en cómo sobrevivir. Intentaban evadirse de la triste realidad que estaban viviendo, lejos de sus hogares en la tarde de Nochebuena.

Inesperadamente una suave melodía rasgó el ambiente. Desde la trinchera alemana se oía un coro de voces entonando un villancico para celebrar la fiesta que tenía lugar ese día, “*Stille Nacht! Heilige Nacht*”. Poco a poco, unas luces iluminaron la noche. Eran unas velas que los alemanes colocaron en pequeños abetos que habían sido regalados por los altos comandos para animarles durante esa dura época.

Este episodio dejó boquiabiertos a los británicos; los enemigos se habían puesto a festejar la Navidad, sin defensa, haciéndose vulnerables a los disparos. John observaba fascinado desde su puesto. Reflexionó por unos segundos, y decidió actuar. Comenzó a cantar la canción “*Noche de Paz*”, que rápidamente había reconocido, en versión inglesa. Pronto sus compañeros aunaron sus voces y respondieron al villancico alemán. Y así, el cielo se inundó de esos cantos, neutralizando todas las hostilidades en ambos frentes. Se escuchó una potente voz que gritó: “Sal soldado inglés. ¡Feliz Navidad!”

Sin previo aviso saltaron unos y otros de las trincheras. Corrieron por la explanada y comenzaron a intercambiar saludos de Navidad en esa tierra de nadie. John miraba atónito. Se le acercó un soldado alemán y le estrechó la mano. Su nombre era Friedrich.

Se comunicaban como podían entre señas, pues ninguno hablaba el idioma del contrario. Hasta ahora la lengua común de la guerra habían sido las balas. Pero esa noche estaba sucediendo un auténtico episodio humano en mitad de las atrocidades.

Durante la madrugada compartieron bizcocho inglés, se intercambiaron cigarrillos y se comportaron entre ellos como amigos conocidos desde siempre. Unos y otros anotaron direcciones, se arrancaron botones de sus camisas para obsequiar con ellos al contrario. Aunque bajo ese clima, era inevitable sentir una tensa sospecha. La sangre y la paz, la enemistad y fraternidad se habían aliado en esa singular noche.

Un soldado escocés llevó un balón y haciendo con sus gorras una portería, disputaron jugaron un partido de fútbol que apenas duró una hora. No había árbitro, pero jugaron con deportividad. A pesar de estar el suelo cubierto de dura escarcha y no tener los zapatos adecuados, John corría eufórico, era su deporte favorito. Marcó un tanto a favor de los ingleses. Finalmente el resultado quedó en 2-3 ganando Alemania.

Entre cantos y felicitaciones la noche se gastó. El cielo se tiñó de color gris y rosa. Ambos contingentes sabían que tenían que poner fin a esa singular jornada. Bastó la llamada de un alto cargo que se había enterado de esta tregua no oficial. Se despidieron afectuosamente.

Un oficial disparó dos tiros al aire, y la guerra continuó. Volvieron a la terrible experiencia del fuego.

Quince años después ahí estaba John, sosteniendo la carta que Friedrich se había dejado olvidada en su chaqueta. La I Guerra Mundial fue la peor que había conocido el planeta hasta entonces. Había costado millones de muertos y dejado a Europa totalmente destruida. A pesar de esto, John se quedó con un recuerdo que le acompañaría toda la vida; la Navidad hace amigos a los más empedernidos enemigos.

5

Autora: **Jaione Sanz Benito**

TÍTULO:

Diego y el cartero real

LEMA:

Siempre hay otra oportunidad

CATEGORÍA:

PERIODISTAS

Se desvistió rápido. Hacía frío. Peleó con la cremallera de la mochila, una reliquia de una promoción de salchichas del supermercado de al lado de casa. Un par de tirones y logró deslizarla algo más allá que la última vez. Metió la mano por la media luna de la bolsa y sacó la casaca, los pantalones y el ridículo sombrero con pluma, descoloridos tras la lavadora de la pasada Navidad. Ese día acabó tan agotado que puso por equivocación un ciclo largo a sesenta grados. Los pantalones naranjas, en otra vida cereza, se le atragantaron en la cadera. Tiró hasta ajustarlos en la cintura. También se le habían encogido. Metió la llave en la cerradura de la taquilla para guardar sus cosas. La 13. Al menos no era supersticioso. Dio media vuelta y se miró en el espejo. Nunca le había gustado la sinceridad de aquel invento. Cuarenta años y parecía un viejo sapo de ceño fruncido. Últimamente gritaba mucho, besaba poco y dormía mal. Errores, deseos y recuerdos convertidos en pesadillas. Abrió y cerró los ojos con fuerza, como había leído en un consejo de Internet. Evocó los paseos de niño bajo las luces de Navidad, el chocolate con churros de la Estafeta, la ansiedad del día de Reyes. Luego volvió al presente. Pensó en por qué o, más bien, por quién estaba allí. Forzó una sonrisa. Un poco más. Así. Se ajustó la barba postiza, no quería ser reconocido, y salió del vestuario.

Decenas de niños y niñas aguardaban su llegada. Cartas llenas de peticiones y marcas de uñas. La cola se desordenó al verle. Él abrió los brazos con reverencia oriental y les dio la bienvenida. Muchos gritaron. Otros retorcieron aún más sus misivas. Algunos dieron un paso hacia atrás, buscando el desgastado regazo de sus padres, impresionados. Siempre le había gustado ese momento. Se sintió mejor al sentarse en el trono, una silla convenientemente decorada con espumillón y mantas acrílicas rojo chillón. Los miró con lentitud, uno a uno, en un intento de hacer suya esa fe irreductible en la magia. Se preguntó cuándo se la arrebatarían. Él luchó contra las evidencias hasta que un día de

diciembre, apenas dos semanas antes de Navidad, atrincherados en la fila trasera del autobús escolar, su mejor amigo apeló al vínculo tan estrecho que les unía para que abriera los ojos. “Yo nunca te mentiría. Deja de hacer el ridículo”. Tenía ya trece años y llevaba dos inventando alegatos para alargar su ilusión. Ahora, la mayoría de los críos descubría la verdad antes que las tablas de multiplicar. En fin. La vida.

Dibujó un cálido gesto con la mano para hacer pasar al primer chaval. El cartero real 1.032, operario con jornada parcial en el mundo real, apenas 800 euros a fin de mes, ya estaba preparado para cuatro horas de servicio ininterrumpido durante las próximas tres semanas.

Tras más de una treintena de breves conversaciones, sonrisas, lágrimas, besos efusivos y discretos, lo vio. Desde hace dos años acudía el mismo día a la misma hora. Como siempre, le acompañaba su madre, joven, bonita. El niño la obligó a agacharse, le susurró algo al oído y se situó en la cola, mientras ella desenfocaba una mirada harta de reproches. O tal vez sólo era tristeza.

El pequeñajo celebró la llegada de su turno, se acercó y se quedó a unos prudentes centímetros de distancia del trono, ligeramente desconfiado, pero sonriendo, como una paloma ante una mano abierta repleta de trozos de pan. Qué majo era. El cartero le acarició los rizos, oscuros, revoltosos. Eran como los suyos antes de que se le empezara a caer el pelo y su chica le recomendase que se rapara. Agravó la voz y simulando un acento persa que le recordó al vecino pakistaní al que le solía comprar kebabs, le dio la bienvenida. “¿Cómo te llamas?”, le preguntó. “Soy Diego, ¿no lo recuerdas?”, respondió el crío. “¿Y qué has pedido, Diego?”. Sabía qué le diría, pero quería oírlo. “Eso queda entre los Reyes Magos y yo. La correspondencia es privada”, apuntilló el chaval. A continuación, le entregó un sobre con una indisimulada mancha de chorizo, se

dio la vuelta y corrió hacia su madre ausente. El cartero rompió a reír. Tan fuerte, tan profundo, que al poco tiempo tenía ganas de llorar.

De vuelta al vestuario, abrió la bolsa con las misivas. Buscó la del lamparón de grasa. La abrió con lentitud, tratando de no rasgar el papel, como si eso hiciera más respetuosa la intromisión. Se sentó en la descascarillada esquina del banco del vestuario y comenzó a leer. La letra ya no era tan redonda e impersonal como el año pasado. Se estaba haciendo mayor.

Queridos Reyes Magos,

Mis papás dicen que debo ser agradecido. Así que lo primero de todo os doy las gracias por el juego de Lego y los libros de cuentos de la última vez. Pero hay dos cosas que deseo con todo mi corazón.

Bueno, una no es con todo mi corazón, pero es que me apetece mucho. Es la bici. Es la tercera Navidad que os la pido y creo que me he portado bien. He sacado cuatro notables y tres sobresalientes. Espero que me la traigáis.

“Tres años ya... Cómo puede pasar tan rápido el tiempo”, se lamentó el cartero. La primera vez, el sobre incluyó un folleto. En una marabunta de fotos de juguetes, un círculo barrigón hecho con lapicero rodeaba una bicicleta azul cielo bastante cara con unas ruedas más grandes que el niño. La segunda vez no hubo recordatorio explícito. Para qué. Los Reyes Magos tendrían que haber tomado nota.

La otra cosa que os pido no es sólo para mí. Es para mí y para mis papás.

El recadero se revolvió, entre curioso e inquieto.

Discuten mucho. Papá le ha dicho a mamá que tal vez lo mejor es que se vaya un tiempo de casa, que la quiere pero que necesita pensar. No sé por qué no puede pensar en casa. El padre de un amigo mío también se fue y no volvió. Papá me ha dicho que eso no pasará. Ella le ha dado la razón, pero no deja de llorar. Dice que papá pasa demasiado tiempo en el bar. Dice que le gustaría que todo fuera como antes. Yo también lloro. Os pido que todo sea como antes.

Y nada más.

Os quiero mucho. Buen viaje,

Diego

Se marchó a casa aturdido. Abrió la puerta y comprobó que era el primero en llegar. Encendió un fuego y sacó del frigorífico una lata de cerveza, los últimos cuatro huevos y dos lonchas de jamón. También quedaba pan. Haría una rica tortilla para todos, se propuso. Y sonreiría como a Diego le gustaría que hicieran sus padres. Lo intentaría.

Al entrar en el vestuario se dio cuenta de que habían pintado las paredes. Se preguntó si modernizarían algún día la instalación de gas. Hacía el mismo frío de todos los años. Se desvistió con calma. El trabajo con la sierra mecánica le machacaba la espalda. Pero el

dolor era como la primavera. El recordatorio de que siempre hay otra oportunidad. Vida después del invierno. Prosperidad después del desasosiego. Hacía nueve meses ya, la fábrica le había propuesto un contrato indefinido. Ocho horas al día, 1.500 euros al mes. Estaba tan entusiasmado que, al firmar, la rúbrica se salió de la hoja. Tenía ante sí un sueldo fijo y digno en un puesto por el que se había desvelado. Con el tiempo, se dio cuenta de que la estabilidad laboral le estaba regalando, en realidad, otra cosa. Claridad para entender que nunca había sido un inútil. Seguridad para reconstruir su vida. Sentido. Por eso había regresado a su cita navideña con los críos. Ahora lo hacía porque quería.

Tiró de la cremallera de la mochila. Se abrió a la tercera. Iba a tener que jubilarla. Sacó el disfraz, no más descolorido que el año pasado. El pantalón se deslizó como un guante. Había adelgazado. Guardó las cosas en la taquilla. La 13 otra vez. Meneó la cabeza con resignación alegre. Luego echó un vistazo al espejo, para asegurarse de que el cartero real daba la talla. Detrás de la barba, el ridículo gorrito con la pluma y la casaca anaranjada, encontró a un hombre al que la vida le había dado flores aun habiendo tenido la desfachatez de haber deshojado todas las margaritas. Recordó la frase de Samuel Beckett que había leído por la mañana en Facebook. “Si lo intentas, fallas. No importa. Inténtalo de nuevo. Falla de nuevo. Falla mejor”. La repitió para sí. Tomaría las riendas. Arriesgaría. Estiró la espalda, como si así reforzara su seguridad. Sonrió y se le marcaron aún más las bolsas de los ojos. Tenía que hacer algo con ellas. Seguía pareciendo un sapo, pensó, pero al menos ahora confiaba en recibir el beso que le convertiría en príncipe.

Un año más, decenas de niños y niñas aguardaban su llegada. Se acercó sigilosamente por detrás. Les sorprendió con un saludo estridente, agitando pomposamente la cartera. Estaba de buen humor. La chavalería celebró la irrupción. Se sentó en la silla con

espumillón y mantas acrílicas rojo chillón, y dio inicio a la recepción. Pasó un pelirrojo bien vestido que se había olvidado de la mitad de las cosas que quería, una revoltosa que intentó comprarle con doble de turrónes y vino la noche en que los Reyes pasaran por su casa, unos hermanos que habían compartido carta para facilitarse sus metas... Y al cabo de media hora, o poco más, apareció Diego con su madre. Ella introdujo la mano derecha en el interior de un bolso enorme y removió como si fuera la chistera de un mago hasta sacar una carta. Juntos, se situaron en la cola. La madre miró al frente, al recadero real. Parecía apacible, reposada. Tan joven y bonita como siempre.

Cuando les llegó el turno, la madre entregó la carta al niño y le animó a acercarse con una palmadita en la espalda. Diego se situó muy cerca del trono, respetuoso, algo desconfiado, como siempre. El cartero carraspeó y fue a preguntarle qué había pedido, pero no dio tiempo. La cabeza llena de rizos avanzó un poco más, se puso de puntillas, se inclinó hacia el hombre, apoyando las manos en la silla para no perder el equilibrio, como si fuera a arrebatarle las miguitas que a veces quedan en la chaqueta tras comer un bocadillo. Y entonces le susurró al oído. “Ya sé la verdad”. Dejó un sobre con ilustraciones navideñas sobre el regazo del súbdito oriental y se dio la vuelta. Muy rápido.

Cuando el cartero reaccionó, un niño terriblemente tímido le estaba contando que quería un garaje de coches. Sonrió a una mirada con gafas de pasta que permanecía clavada en el suelo y le prometió que haría llegar su petición a Baltasar. Luego buscó a Diego. Ya no estaba. Diego... Vale, siempre era cuestión de tiempo. La lógica de la vida. Lo que unas personas pueden ocultar, otras pueden descubrirlo. ¿Pero por qué tan pronto? Se sintió enfadado, impotente, quizá algo triste. Al percatarse de que una morenita de ojos tremendos le tiraba de la manga para advertirle de que la muñeca que quería era la de la

caja amarilla, “no la azul”, volvió a la realidad. Se recompuso y siguió con su trabajo. El zurrón terminó lleno.

De vuelta al vestuario, se desvistió, devolvió el disfraz a la mochila, peleó con la cremallera hasta que la dio por imposible, sacó el traje, lo metió en una bolsa de plástico que encontró abandonada junto al último lavabo, se puso la ropa de calle, introdujo la carta de Diego en el bolsillo del abrigo, salió del centro comercial, tiró la mochila en un contenedor cercano y marchó a casa.

Abrió la puerta y le recibió la soledad. Era el primero en llegar. Y el último. No terminaba de acostumbrarse. Tampoco pretendía hacerlo. Sólo un corto retiro puede traer un dulce retorno. Se quitó el abrigo, sacó la carta del bolsillo y la dejó sobre la mesa de la cocina. Retiró del fuego una sartén con aceite del día anterior, giró la rueda hasta que no dio más de sí y puso un puchero con agua encima. Sacó de la nevera dos huevos, panceta, tomate, queso y algo de lechuga. Metió los huevos en el puchero. De momento, así. Aún era pronto para cenar pero mantenía los viejos horarios. Se limpió las manos, volvió a la mesa, cogió el sobre y lo miró por los dos lados. *Remitente: Diego Eneriz Garde.* Por primera vez con apellidos. Sacó un cuchillo con punta curva de un cajón y lo introdujo por debajo de la esquina derecha de la solapa. Extrajo del interior un folio doblado por la mitad y lo desplegó. Los huevos hicieron ruido al chocar contra el acero del pequeño recipiente. Se estaba librando la lucha contra el ejército de los cien grados.

“Ya sé la verdad”, recordó. Le invadió la melancolía, pero la curiosidad era aún más grande. No tenía ni idea de cómo Diego habría abordado el derrumbamiento de la mentira más maravillosa del mundo. Se sirvió un vaso de agua. Se sentó. Y comenzó a leer.

Queridos Reyes Magos

Lo primero de todo, muchas gracias por los regalos del año pasado. Fuisteis muy generosos, aunque debió de haber una confusión con la carta. Yo no había pedido el fuerte de Playmobil, pero bueno, me divierto mucho con él.

Esta vez no os voy a pedir la bicicleta. Mi papá se os adelantó. Vino un día con ella. Ni siquiera era mi cumpleaños. Era la que quería, la del folleto. Creo que se siente culpable porque al final se marchó de casa. Ahora está más contento y tranquilo. No grita ni parece cansado. Igual es verdad que necesitaba irse de casa. Mi mamá también está más contenta, aunque a veces la oigo llorar por las noches. Quiere que papá vuelva. El otro día hablaron por teléfono, mamá soltó una carcajada por algo que papá le dijo, pero no sé qué fue. Igual es por alguna cosa divertida del trabajo que está haciendo. Es un trabajo muy chulo, ya me he enterado. También sé que ya no pasa mucho tiempo en el bar.

Os pido lo mismo que el año pasado. Creo que esta vez será más fácil. Quiero que se cumpla el deseo de mamá. Que las cosas sean como antes. Y nada más.

Besos para los tres. Y otro para el cartero que todos los años recoge mis cartas. Esta vez he puesto mi nombre completo para que no se confunda de niño. Es un buen empleado, no le despidáis, pero ha estado despistado.

Buen viaje,

Diego

Se rio por la ocurrencia. También se sintió desconcertado. No parecía que Diego supiera la verdad. Entonces se acordó de que él, con catorce o quince años, o puede que ya tuviera dieciséis, todavía escribía cartas a los Reyes Magos. En realidad, eran una manera de confesar a sus padres travesuras o sentimientos secretos que no se atrevía a contarles a la cara.

Salió de la cocina y fue al dormitorio. Cogió el móvil de la mesilla de noche. Batería al 45%. Aguantaría. Marcó un número y esperó.

- ¿Diga?

Esa voz cándida pero cautelosa.

- Diego, soy yo, el cartero real.

- Hola... Papá.

“Ya sé la verdad”. Eso quería decir. “Un trabajo muy chulo”. Claro. Sólo eso. Se le aceleró el pulso.

- ¿Papá?

- Diego, vuelvo a casa.

12

Autora: **Carol Eslava Uria**

TÍTULO:

La Nati

LEMA:

Adelante

CATEGORÍA:

PERIODISTAS

Entró en la habitación como un vendaval y echando pestes. "¡Madre mía, Alberto! ¡Qué olor a choto hay aquí!". Y empezó a abrir todas las ventanas de la casa. No me extrañaron sus palabras, pues yo también podía sentir esa atmósfera de miseria a mi alrededor, en la que me encontraba extrañamente comfortable. Abrí lentamente los ojos y un dolor infame me golpeó la sien. Veía todo borroso pero, poco a poco, comencé a vislumbrar los límites de la habitación. En medio de un alboroto de botellas vacías, ropa tirada y restos de comida que campaban a sus anchas en el parque, distinguí su silueta. Ahí estaba la Nati. Una mujer rellenita, de metro sesenta, con sus rizos castaños producto de los rulos colocados el día anterior y el abrigo marrón de Bimba y Lola que ella llamaba su "caprichito". Le sonreí a mi pesar pero ella no varió un ápice su rictus de enfado... y no vi venir la colleja. "¡Ay!", grité. "¿Pero se ha vuelto loca?". "Alberto", ignoró mis protestas, "¿pero tú te crees que se puede vivir en una pocilga así, con las persianas cerradas y alimentándote de alcohol, sobre todo un día como hoy?", exclamó. "¿Hoy?", pregunté, aturdido. "¡Hoy es Nochebuena!", me ladró.

De repente, me vinieron a la mente imágenes de la semana anterior, como los crueles fotogramas de una película patética. Diana diciéndome que ya no me quería como antes. Yo evitando desmayarme. Dando media vuelta. Bebiendo una botella de ginebra a palo seco. Durmiendo. Bebiendo. Durmiendo. Bebiendo. Levantándome al baño. Oyendo mensajes preocupados en el contestador. Apagando el dichoso aparatito. Durmiendo otra vez. Comiéndome con desgana una lata de aceitunas y tirando la lata al suelo. Volviendo a dormir... "No quiero parecer bruto, Nati, pero me importa un bledo que sea Navidad. ¡Tengo el corazón roto!", le dije con sorna, esperando que se apiadase de mí. La resaca me hacía temblar; sólo quería tomarme un paracetamol y volver a dormir. Ella me miró con desdén y empezó a sacudir la manta del sofá. "No insista, de verdad, Nati. Le pido que se vaya, por favor, le pagaré el día doble pero necesito descansar...", le imploré. "No me insultes, Alberto, por favor. No he venido aquí como tu empleada de hogar. Tienes que tomar el aire. Ahora mismo nos vamos a la calle", me dijo. Y me echó una mirada que no admitía un 'No' por respuesta. Me rendí. Me dejé desvestir como un niño pequeño y meter a la ducha. Nunca me había sentido tan vulnerable. Y ahí, bajo el agua, pude notar como las lágrimas fluían libremente, destensando mi cuerpo aguerrido. No obstante, seguía sintiéndome malhumorado y enfermo.

Cuando regresé al salón, reparé en que estaba todo reluciente. La energía de la Nati era muy poderosa. Llevaba en la mano una bolsa de basura con los cascotes de varias botellas

de ginebra. El olor me produjo náuseas. Y volví a recordar a Diana. Su sombrero rojo, su abrigo hasta el cuello, sus botas marrones, el olor a vainilla de su pelo... Comencé a hacerme más y más pequeño. Creo que la Nati lo percibió porque, justo cuando estaba a punto de desvanecerme, me agarró del brazo con firmeza y me llevó a la calle.

Era curioso. La gente caminaba impasible, ajena a mi desgracia. Todos los paseantes se me antojaban felices y empecé a odiarlos por ello. “¿Adónde vamos?”, espeté. “A saludar a unos amigos”, me contestó muy tranquila. Hice un gesto de fastidio, pero no protesté.

Después de caminar unas cuantas calles hacia las afueras de la ciudad, llegamos a una explanada cubierta de polvo y ladrillos y nos acercamos a unos señores que metían cemento en una máquina. “¡Hombre, Nati! ¿Cómo tú por aquí?”, exclamó uno de los obreros. “Nada, sólo venía a saludar”, dijo ella alegremente. “Os presento: Alberto, este es Iñaki”.

“Hola”, dije yo, algo incómodo.

“Ahora mismo estoy con vosotros”, dijo el tal Iñaki. Y se alejó unos metros, para dar instrucciones a un compañero que trabajaba en la grúa.

“¿Cómo trabajan con este frío? ¿Y en Nochebuena? ¿No deberían ir ya a casa a cenar con la familia?”, pregunté. “Ahora irán”, dijo la Nati.

“¿De qué le conoces?”, insistí. “Del barrio. Siempre que paso por aquí charlo un rato con él. Me hace reír mucho”. “¡Ah!”, dije como única respuesta. Y no pude evitar pensar que yo ni siquiera me paraba a mirar la gente que había en mi barrio. Siempre estaba con prisas, de casa al trabajo y del trabajo a casa... o con Diana. “¡Ay, Diana!”, suspiré amargamente.

La llegada de Iñaki interrumpió mis pensamientos. Se estaba quitando los guantes de faena. “¿Qué? Os venís a cenar a casa?”, dijo con una ancha sonrisa. “Yo, esto...”, balbuceé. La Nati me dio un codazo. “Vamos”, dijo risueña.

Me dejé llevar... tampoco tenía nada pensado para aquella noche, considerada tan especial para todo el mundo. Los últimos años había cenado con Diana y su familia. Con mis hermanos viviendo fuera y mis padres muertos hace tiempo, ése era el único plan que entraba en mi cabeza.

Caminando los tres, llegamos a un edificio de pisos, situado en las afueras. Por lo visto, ahí vivían Iñaki y su madre. La señora nos esperaba ataviada con sus mejores galas. Un abrigo de visón viejísimo, una cinta en la cabeza que le enmarcaba una cara llena de

arrugas y ponía algo de orden en esa maraña de pelo gris que escapaba de su cabeza sin orden ni concierto. Llevaba los labios pintados con no demasiado arte, observé.

“¡Han venido visitas!”, dijo emocionada dando palmas. Se levantó para saludarnos pero al segundo le entró un ataque de tos que la dejó visiblemente afectada.

"Siéntate, mamá, ya hacemos nosotros”, le reconvino Iñaki. Y la señora, Bernarda se llamaba, tomó sitio obedientemente en una esquina de una mesa de madera oscura. Eché un vistazo alrededor. Aquella casa debió ser elegante hace mucho tiempo, pero la verdad es que ahora se caía a pedazos y lucía una decoración claramente pasada de moda. Era cómo si nos hubiésemos adentrado en otra época, donde se daban cita cojines de terciopelo raídos, pesados cortinajes, sofás de cuero que habían perdido el color y tapetes de ganchillo amarilleados por el tiempo. Iñaki me sacó de mis pensamientos. “¿Te gusta el cordero?”, me preguntó, solícito. Asentí con la cabeza.

Al rato, me invadió un aroma sublime. Cordero recién hecho. “¡Hummm!” “¿Cuánto hacía que no comía un plato de comida de verdad?”, pensé.

La Nati me miraba de soslayo, divertida.

Me sentí algo más animado, con ganas de hincarle el diente a aquel manjar. Mientras Iñaki y la Nati faenaban en la cocina, yo me quedé sentado al lado de aquella señora, que me miraba con carita de ángel. “¿Y a qué se dedica este jovenzuelo?”, me preguntó interesada. “Soy el responsable de la contabilidad en una empresa”, respondí. “¡Uy! pues debe estar usted muy orgulloso!”, exclamó sinceramente. Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Me hizo gracia el comentario. La verdad es que no estaba nada orgulloso, simplemente hacía mi trabajo, no me planteaba más. Era una manera de ganarme las habichuelas, como suele decirse. Pero me gustó ver mi vida laboral a través de los ojos de Bernarda. Acto seguido, me dijo una frase que me dejó noqueado: "Hágame caso, un día volverá usted a sonreír... por el motivo más insospechado".

No supe cómo reaccionar; sentí como si el mundo hubiese dado una pequeña vuelta de tuerca: ¡clack!

Y comenzamos a cenar. Aquello estaba francamente delicioso. Ahí estábamos. Cuatro personas formando un cuadro inverosímil el día de Nochebuena. Mientras dábamos buena cuenta del plato, hablamos de todo un poco: de la receta para hacer un buen asado, de las Navidades de nuestra infancia en el barrio, de cuando la directora del coro escolar me obligó a tocar la zambomba bien calladito porque desafinaba como un bellaco, del anuncio de la Lotería de este año, de cuál era el extraño motivo que llevaba a los artesanos del roscón de Reyes a poner aquella fruta confitada en los laterales, que

todos acabábamos apartando en el plato. También hablamos de lo felices que nos sentíamos al ver aparecer las carrozas en la Cabalgata el 5 de enero, de cuándo descubrimos los efectos del champán en la primera Nochebuena en que nos permitían brindar con copa propia...

Mientras, Iñaki daba de comer a su madre con delicadeza y ella le miraba con arrobo.

He de reconocer que, por unas horas, me olvidé de Diana y de su olor a vainilla y hasta solté alguna que otra carcajada.

Ya de vuelta a casa con la Nati, comenté: “La verdad es que es una gozada ver así a una madre y a su hijo”.

“No es su madre”, dijo tranquilamente la Nati.

“¿Pero entonces, por qué le ha llamado mamá todo el rato?”, pregunté confundido.

“Porque ella piensa que él es su hijo”, respondió. Y me explicó que la Bernarda perdió a su único vástago siendo ella joven, a causa de la droga. Eso la empezó a trastornar. Cuando vio a Iñaki en el barrio, empezó a hablarle como a su hijo... "y él decidió convertirse en ese hijo perdido”, me explicó.

"Vaya historia", reflexioné. Intenté que me diera más detalles, pero no conseguí mucho más. Supe que Bernarda e Iñaki charlaban todos los días y que de vez en cuando ella le invitaba a su casa a comer. Cuando ya no podía valerse por sí misma, Servicios Sociales internó a la anciana en una residencia. Iñaki comenzó a ir a verla y desde entonces, todas las Navidades, “dejan que se la lleve a su antigua casa y cenan juntos”, zanjó la Nati.

Me quedé pensando. Hace un minuto me sentía la persona más desgraciada del mundo, pero ese sentimiento había remitido. “Entonces... tengo que pensar que hay personas que están peor que yo, ¿no?”. Pensaba que la Nati aplaudiría lo que consideré una "inteligente" reflexión que, por otro lado -me di cuenta al segundo- no era muy original que digamos. Pero no, en lugar de darme una palmadita, me interrogó con dureza: “¿Qué te hace pensar que esas personas son más desgraciadas que tú?”. Iba a responder pero me quedé callado en mitad de la frase. La Nati estaba en lo cierto; en esa casa había de todo menos tristeza. No había razón para compadecerles. Y no sólo era Bernarda quien se mostraba realmente dichosa. Iñaki también parecía encantado con su papel de hijo. Creo que la Nati se dio cuenta de que lo había captado, porque sonrió por lo bajini. Recordé la frase de Bernarda: "Un día volverá usted a sonreír... por el motivo más insospechado".

Me dormí pensando en ello y en la Nochebuena tan surrealista que había vivido, como si hubiera formado parte del elenco de una destartalada obra de teatro fechada en otra época.

Cuando me desperté, me sorprendió no encontrar botellas vacías a mi alrededor. Recordé con satisfacción que el día anterior no había bebido y me alegré de que mi cabeza funcionase al cien por cien. Decidí llamar a la Nati para darle las gracias. Al fin y al cabo, había evitado que pasase la Nochebuena con mi botella de ginebra como única compañía.

Me metí en la ducha de un salto. Después, me vestí y me puse colonia y todo. Empezaba a parecerme un poco al Alberto que solía ser, antes de que las palabras de Diana dinamitarán todo. Reparé en que era el único día en semanas que tenía ganas de hacer algo que no fuera recluirme entre cuatro paredes.

Cuando llamé a la Nati, pasó algo extraño. “Se ha confundido”, me dijo una voz. “Qué raro”, pensé. Juraría que este era el número. Le había llamado millones de veces. Lo tenía apuntado en la agenda del teléfono. Decidí intentarlo más tarde y me lancé a la calle.

Caminaba lento, observando mi alrededor. Permitiéndome respirar, dándome una tregua.

De repente, me llamó la atención un Belén que lucía en el escaparate de una tienda. Me acerqué y vi algo que me taladró como un foganazo: “El milagro de la Natividad”, ponía debajo en un cartelito con letras doradas de caligrafía antigua.

Automáticamente, pensé en la Nati y el corazón comenzó a latirme con fuerza. “¿Será posible...?” Volví a marcar su teléfono. “Aquí no hay ninguna Nati”, volvieron a repetirme, esta vez con un tono ligeramente más abrupto.

Y entonces, solo entonces, me paré en seco y pensé en una locura deliciosa: “¿Y si la Navidad tenía rizos castaños hechos con rulos, una figura regordeta y un abrigo de Bimba y Lola? ¿Y si la Navidad era exactamente eso que estaba sintiendo, una esperanza que se abría paso, en medio de la crueldad del mundo?”

9

Autora: Raquel Rodríguez Collados

TÍTULO:

Botines de charol

LEMA:

Unos zapatos cambian la perspectiva del mundo de una niña de cinco años.

CATEGORÍA:

PERIODISTAS

Tenía unos botines de charol rojo. Muy brillantes, muy bonitos. Me gustaba ponérmelos para jugar en casa. Me imaginaba que era una princesa o una reina, alguien importante. Fuera de casa sólo podía ponérmelos en ocasiones especiales, y se acercaban fechas especiales.

Primero los llevaría en la función del colegio, en la que cantarían junto con el resto de niños de clase un villancico en inglés. Iríamos vestidos de elfos de Papá Noel y papá y mamá me mirarían desde la segunda fila y sonreirían. Yo saltaría y bailarían con mis botines de charol y lo haría muy bien y vería la mirada de orgullo en los ojos de mis padres.

Más adelante podría llevarlos en la cena de nochebuena en casa de mi abuela con un vestido azul marino muy bonito, y jugaría con mis primos al escondite y comería turrón de chocolate. También los llevaría al día siguiente, cuando comiéramos en casa de mis tíos. Y cantaríamos villancicos con una pandereta y jugaríamos con Max, el perro que era mayor que yo y que siempre recogía la pelota.

En nochevieja me los pondría aunque no fuera a salir de casa. Esta vez con un vestido gris con flores rojas con las mangas demasiado largas. Mamá las recogería, pero se acabarían soltando y yo perseguiría a mis primos haciéndoles creer que era un marciano con los brazos muy largos.

En año nuevo iríamos a un restaurante y prometería portarme muy bien. Miraría mis pies colgando de la silla, con sus brillantes botines de charol rojo esperando a poder correr por la calle, intentando cumplir mi promesa porque los reyes llegarían sólo 5 días más tarde y no quería quedarme sin regalos.

El día 6 me levantaría muy temprano, esperando llegar al salón y recoger los regalos

que estarían al lado de uno de mis botines de charol rojo. Abriría un montón de paquetes y me reiría mucho viendo a papá hacer el tonto. Para terminar las navidades, comería rosco de reyes, que es mi comida favorita, e intentaría adivinar dónde estaba escondido el muñequito. Después volvería a juntarme con mi familia y llevaría alguno de los juguetes nuevos a casa de mis otros abuelos y, con mis otros primos, jugaría durante toda la tarde.

Tenía unos botines de charol rojo, pero no estaban tan brillantes como al principio. Mamá no los había limpiado, ahora no tenía tanto tiempo como antes. El que sí tenía tiempo era papá, pero él no quería limpiar los botines de charol. Me decía que no le molestase con tonterías y que lo hiciera yo misma, pero yo no sabía dónde guardaba mamá el cepillo especial para zapatos y no estaba segura de saber hacerlo bien. Ahora era papá el que me llevaba al colegio. Ya no hacía tanto el tonto conmigo, no movía el volante del coche de lado a lado para que me riera. Sólo me llevaba al colegio.

Mamá trabajaba mucho, en dos trabajos distintos. Pero yo iba a tener un hermanito y ella iba a tener que dejarlo. Le dolía la espalda por el bebé y no podía seguir limpiando casas. Empezaba el verano y ya no tenía casi alumnos a los que dar clase. A veces lloraba porque papá no encontraba trabajo. Le decía que iban a perder la casa, ¿qué casa? ¿mi casa? ¿cómo puede perderse una casa?

Tenía unos botines de charol rojo pero estaban desgastados en las puntas. Le pregunté a papá si podía ponérmelos para conocer a mi hermanito y me dijo que sí con una sonrisa, y aunque no estaban muy limpios, volvieron a parecerme los botines más bonitos del mundo. Mamá volvió a casa y con ella mi hermano. Las paredes se llenaron de lloros pero no eran sólo del bebé. Mi mamá estaba muy triste y no podía ocultarlo. Mi papá estaba muy ocupado y no me hizo caso cuando le dije que se me había hecho un agujero en la suela de los botines de charol. Pasaba mucho tiempo en casa de mis abuelos y de mis tíos, a veces incluso me quedaba a dormir. Se acercaban las navidades y yo quería escribir la carta a los reyes magos, creía que me había portado muy bien y que había ayudado mucho con mi nuevo hermanito, pero cuando le hablaba de eso a mamá, ella se ponía muy triste.

Ayer papá estaba muy nervioso, se puso un traje muy bonito aunque los zapatos eran negros. Si hubieran sido más grandes, le hubiera dejado mis botines de charol rojo y así hubiera estado más guapo. Cuando volvió a casa sonreía y decía que había ido bien. Yo no sabía a qué se refería, pero me alegré de verles contentos otra vez.

Hoy ha sonado el teléfono y mamá se ha echado a llorar, pero esta vez no estaba triste. Papá y ella se han abrazado durante mucho rato y después me han abrazado a mí también. Ahora papá volverá a pasar menos tiempo en casa, pero está muy contento así que yo también lo estoy.

Estas navidades tendremos mucho que celebrar: que ahora tengo un hermanito con el que podré jugar dentro de un poco de tiempo, que papá tiene un trabajo y todos están muy contentos por eso y que, como me dice mamá, me he portado muy bien todo este año.

Y el día 6 no habrá tantos regalos en casa, porque los reyes han tenido algún problemilla, pero en una caja con un papel muy bonito con árboles de navidad, habrá unos botines de charol rojos muy brillantes, porque son nuevos, y muy bonitos, mucho más que los que tenía antes. Y volveré a ponérmelos en las ocasiones especiales y volveré a ser princesa, o reina, o alguien importante.

15

Autor: **Miguel Ángel Barón Calvo**

TÍTULO:

Entre dos magos

LEMA:

Magia interior

CATEGORÍA:

PERIODISTAS

[1]

Mi padre se está yendo. Yo no me lo creo, porque no podría soportarlo, pero eso no importa. Una enfermedad lo está apagando. Yo lo veo bien. Bueno... a veces, no. Pero otra veces, sí... y me quedo con las buenas, con esas ocasiones en las que disfrutamos cada minuto sintiendo la vida con intensidad, cuando se mete conmigo socarronamente; siempre ha sido así. Nunca demostró su afecto de forma efusiva, ¡qué va! Ha sido muy parco en eso, aunque ahora, creo, se arrepiente de no haber dicho 'te quiero' todas las veces que lo ha sentido.

Cuando se mete conmigo, que soy la persona que lo cuida y que lo mimaba, sé que está bien porque él es así. Al menos, así he conocido siempre a papá. Pero, aunque yo no lo crea, se está yendo. Y yo, un poco, también. No sé qué será de mí cuando todo ocurra. Tengo un marido que me quiere y unas hijas que me adoran... pero no sé qué será de mí... ¡papá significa tanto para mí!

Por uno de esos pequeños milagros que incluye todo proceso doloroso, hemos podido pasar la Nochebuena en casa, lejos del clínico. Papá ha disfrutado de una noche rodeado de sus hijos y de sus nietos, lo que nunca tuvo porque vivimos muy lejos de él. Solo ha tomado consomé y un poquito del champán que le regaló su amigo. Su amigo me decía: *"Pasaréis la Nochebuena en casa, ya verás, será la mejor noche de vuestra vida... tu padre sabe cuándo podría irse; es fuerte... algo falso, como la mayoría de los hombres frente a la enfermedad, pero te quiere demasiado como para dejarte sin la Navidad que te mereces"*. Yo no me lo creía –no me creo casi nada...- porque cuando me lo dijo estábamos uno a cada lado de la cama de mi padre, ingresado, con varias sondas y morfina en vena y... en fin, parecía que había comenzado su marcha, a una semana de la Navidad.

Pero sí, fue así como ocurrió y pasamos el nacimiento del Niño en familia, sonriendo a la vida, contentos por el gran encuentro. Ya sabéis, uno de esos pequeños milagros...fue así, como me lo dijo él, su amigo, que lo conoce muy bien. No es la primera vez que en situaciones adversas me anima vaticinando soluciones que, la verdad, parece increíble que ocurran... y ocurren. A veces, cuando no tengo al amigo de mi padre enfrente, trato de ver asomar por alguno de sus bolsillos una varita mágica o una bolsita en la que llevara polvo de estrellas... pero no, no he visto nada de eso. Pero acierta.... Y no sé cómo lo hace... se aventura en momentos delicados y suceden las

[2]

cosas tal y como las imagina. ¿O no las imagina? No sé... a veces me recuerda a papá; solo me levanta el ánimo, nunca me ha consolado.

Ayer fue mi cumpleaños y lo celebramos. Papá me hizo el regalo de mi vida, el que siempre quise. “¡Está loco!”, le dije a él, al amigo, que me contestó que no: “*De eso, nada; tu padre ‘te quiere todo’, eso es lo que ocurre*”. Y esto sí que me lo creo, esto sí. Sé que me quiere, a su manera, pero sé que me quiere mucho. “*Es imposible no quererte si se te conoce, María, imposible*”, me dijo también un día su amigo... y me lo repite a menudo. Y esto no me lo creo. Yo soy una chica normal que hace lo que siente y siente lo que le emociona en cada momento. No sé cómo me verán los demás pero solo trato de ser feliz en medio de esta tristeza.

Hoy es el día de los Santos Inocentes. Esperamos la Noche de Reyes con mucha ilusión pero no sé cómo estará papá ese día. El año pasado, papá encarnó al rey ‘Melchor’. Aún lo recuerda. Bueno, creo que no lo olvidará nunca. Cuando todo terminó aquella su noche fantástica, llegó a casa –eran más de las cinco de la madrugada-. Se tiró vestido en la cama, boca arriba, con los ojos cerrados y no dijo nada. No se durmió. Solo cerró los ojos, que se movían por debajo de los párpados, no dijo nada y sonrió.

- ¿Qué tal, papá?
- ¿Papá? Soy ‘Melchor’...
- Bueno, vale... ¿qué tal, ‘Melchor’?
- ...

No contestó, ni me miró. Solo continuó sonriendo.

‘Melchor’ apareció en la cocina cuando terminaba el desayuno. Entonces fui yo la que no dijo nada, esperando que fuera él quien pronunciara alguna palabra. ¡Y vaya que si lo hizo!

- *María, no he dormido. He tratado de grabar cada momento de felicidad vivido ayer, cada instante de magia con esos niños, con sus padres, con sus abuelos... ¡soy tan feliz! Me gustaría poder explicártelo, pero no creo que lo supiera*

[3]

hacer. ¿Sabes? Fui 'Melchor', era 'Melchor'... y creo que no voy a poder dejar de serlo...

No le entendí del todo. Puedo imaginar la impagable sensación de repartir la ilusión a los demás, de ser la persona esperada por otras y regalarles tu sonrisa, tus abrazos, tu mirada, tu magia... pero ¿no dejar de fingir ser otra persona? No sé... eso no lo entiendo muy bien.

Hoy es 28 de diciembre y estoy algo triste porque no sé cómo estará papá la noche del cinco de enero, la noche que puede cerrar la mejor Navidad que hemos pasado con él. Estoy algo triste pero nunca pierdo ese hilo de esperanza que necesitamos para seguir tirando hacia adelante y también estoy pensando en cómo sería ir con papá a la Cabalgata y gritar a Melchor, llamadle, que nos mirara y decidle entonces a papá: “¿Qué, te estás mirando a ti mismo, 'Melchor'?”

¿Quién llamará ahora al móvil...?

- Sí, dígame...
- *Hola, María, ¿cómo va todo? Soy el amigo de tu padre.*
- Hola, no sabes cómo me alegra escuchar tu voz. Bien, todo bien.
- *¿Entonces, mi amigo sigue sonriendo bajo tus cuidados?*
- Bueno... creo que se cuida solo ahora... pero sí, está contento y sonriendo.
- *Pues ahora soy yo el que se alegra de escuchar tu voz con esas noticias tan buenas.*
- Pero...
- *¿Qué ocurre, Cenicienta? – me llama Cenicienta... y no sé muy bien por qué...*
- Estoy un poco triste...
- *Pero ¿por qué?*
- Es que... falta poco para la Noche de Reyes y, ya sabes, quiero que llegue bien papá y que podamos salir a la calle a recibir a los magos...
- *¿Y, algún problema en ello? ¿Acaso tienes alguna duda de que va a ser así? Te he dicho mil veces que tu padre te quiere lo suficiente como para saber qué tiene que hacer y darte la Navidad que te mereces.*
- Pero, no sé, sabes que está muy enfermo y que algún día...

[4]

- *Vaya... veo que no entiendes nada, pequeña... ¿crees en los sueños?*
- *Sí, sí...*
- *¿Has perseguido alguna vez un sueño?*
- *Creo que sí...*
- *¿Entonces? ¿Crees en los Reyes Magos?*
- *Sí, sí que creo en ellos...*
- *María, vais a disfrutar de una Noche de Reyes inolvidable. Papá se va a ver a sí mismo, va a poder mirar a sus propios ojos cuando se cruce con 'Melchor'; va a revivir el mago que nunca dejará de llevar dentro...*
- *¡Pero bueno! ¡Si eso es lo que estaba pensando justo antes de que llamaras! ¿Cómo lo haces?*
- *Soy así desde hace un par de años...*
- *Ya, ya... ¡pero no se puede fingir eternamente ser otra persona!*
- *Lo único que no se puede fingir es que ames la vida...*
- *Pero papá puede ponerse muy malito de repente...*
- *Y dale..., tu padre sabe mejor que nadie cuando podrá irse y no te va a hacer esa faena ahora, créeme.*
- *Si ya, si yo quiero creerte... y te creo, la verdad, hasta ahora has dado en el clavo... pero...*
- *Pues deja de darle vueltas. Vete comprando un buen rosco de reyes y un poquito de jamón. ¡Ah, y café, sí, café caliente! El champán y el chocolate para los críos os lo llevo yo el día cuatro.*
- *¿Sí, de verdad que vas a venir a vernos el día cuatro?*
- *Claro, es el última día de ser el 'Melchor oficial' de tu padre; al día siguiente, otro le tomará el relevo.*
- *... último día de 'Melchor oficial'... ¿entonces... sigue siendo mago?*
- *Nunca dejará ya de llevar un mago dentro.*
- *... pero... es que... creo que lo voy entendiendo...*
- *Te está costando tanto comprender este lío... siempre llevarás un dolor en el pecho, María, pero el descanso de tu mago lo recompensará.*
- *Pero... papá... Melchor... la magia... tú... desde hace dos años...*
- *No sé qué quieres decir, pero si te refieres a que si los Reyes son los padres, de eso nada, rubita, eso no es así; más bien ocurre que los padres son los magos. ¿Entiendes?*

[5]

- Creo que ahora sí...
- *Pues me alegro. ¡Ah!... algo muy importante que no sé si has caído en cuenta: Los Reyes Magos nunca se van, nunca se marchan, ¡jamás faltan a su cita...! Siempre, siempre, siempre están ahí. ¿Puedes comprender también esto?*
- Creo que sí...
- *¡Ey, ey, ey... que no sé qué me dice que se están cayendo algunas lágrimas! ¡Sonríe, que motivos tenemos para ello!*
- ... es que es de felicidad...
- *Entonces está bien, es bueno llorar de alegría o de felicidad, eso no está mal. Bueno, no te olvides del rosco, del jamón y del café, ¿de acuerdo? Pronto estaré con vosotros.*

María callaba. El amigo, también. Al poco, ella rompió el silencio.

- Gracias por estar ahí, de verdad, pero... ¿puedo hacerte una pregunta?
- *Claro.*
- Es algo que siento y... que necesito saber...
- *Díme.*
- ¿Llevas un mago dentro?
- *Desde hace dos años; también fui 'Melchor'.*
- Te quiero.
- *Quieres a 'Melchor'... y 'Melchor' te quiere a ti. Es ese algo... que lo sepas.*
- Lo sé.